

# DESCENSO A UNA INFANCIA MARAVILLADA

**D**URANTE el estreno una amiga —cuyo juicio estimo y respeto— sentada a mi lado en la primera fila, me aseguraba: es un espectáculo brillante, pero no es para niños. Si bien es cierto que los mayores —los que estábamos en el secreto— nos divertíamos, nos maravillaba y nos "embobaba" el despliegue enloquecido del montaje, no sé si esto alcanza para trasladarnos a nosotros, adultos, un espectáculo que en principio va dirigido a los niños. He visto en Buenos Aires los espectáculos de María Elena Walsh y doy fe de la participación segura, divertida, cómplice, de los pequeños, aunque también doy fe de los muchísimos mayores que alquilaban niñitos en la boletería para justificar su presencia, empezando por doña Victoria Ocampo, quien llegó a afirmar en Sur que no había visto nunca un ejemplo de tan prístina poesía sobre un escenario.

No es, no era en su origen, un espectáculo estrictamente teatral, una pieza para niños, una comedia, una pantomima; era lo que su título dice: canciones que se corporizan con una mínima pantomima, por lo cual pueden mirarse, y no sólo oírse. Esas canciones son obra de poesía, en una línea secreta de creación que puede admitir como abuelo a Lewis Carroll y como padre a Robert Desnos: un lenguaje absurdo, que se complace en el disparate, en el repentinismo ilógico, en las asociaciones fonéticas, capaz de inventar un mundo del revés, y hacer que al mismo tiempo sea nacional, cotidiano, querible. María Elena y Leda las cantaban, muy intencionada, muy delicadamente, a un lado del escenario, mientras dos actores las mimaban, y en la sala Casacuberta, donde nadie puede musitar un chisme sin que todo el anfiteatro se entere, el júbilo de niños y grandes tenía una condición mágica, loca, sutil, y muy al fondo, al fondo, melancólica como la poesía misma de María Elena, que nace del afán de alegría y de pureza que tiene su tristeza. En definitiva del endiosamiento —¡falso ay!— de la infancia, para compensar nuestros errores adultos.

Hace tres años que el disco con las Canciones para mirar y el libro donde se recogen sus textos, Tutu Maramba (que lleva cinco ediciones en Buenos Aires), están en manos de mis hijos (12 y 9, fémina y masculino, respectivamente) quienes son niños perfectamente normales, a pesar de la opinión de mi amiga que sólo concibe monstruos de los partos intelectuales. Y bien, hace tres años que ellos escuchan casi cotidianamente el disco, y lo difunden entre sus amistades. Como se comprenderá, motivo suficiente para odiar el disco, el libro, el autor, el pick-up, la infancia, decretarse Herodes y reclamar la inmolación de los pequeños salvajes. Pero también motivo para reconocer que el material está legítimamente dirigido a ellos, que saben apreciarlo. Ocurre, le diría a mi amiga, que estamos demasiado acostumbrados a que los espectáculos infantiles no sean hechos para niños sino para nodrizas, o a que los actores confundan lo infantil con lo pueril. Oc-

ofrecido por el T.C.M. en el Odeón tomó por el camino del gran despliegue visual, de la frenética invención escénica, lo que recubrió de una pedrería increíblemente rica —y por lo mismo demasiado llamativa y dispersiva— la enunciación estricta de un texto que era nada más que poesías cantadas a media voz para que los niños las aprendieran. Porque, no olvidarlo, aunque María Elena haga televisión, haya tenido un dueto folklórico durante años en Europa, perpetre artículos, encare la realización de un film, haga teatro, ella es primero, segundo y siempre, un poeta: aquel que cuando tenía 17 años ("Dios mío") ya había escrito su Ochoño Imperdonable, y era una deliciosa irlandesa que había nacido en el Oeste de la provincia de Buenos Aires, un "steamer" sobre el cual soplaban una misteriosa gracia.



**T**ODOS sabemos de la existencia de un "toque Estruch" que reconocemos de inmediato aunque cuesta definirlo: parece hecho de aire del dibujo más sutil, del ingenio que se confunde con la poesía. Habiendo adoptado el camino del espectáculo rico —en vez de la desnudez de la mera voz poética que canta y del actor que apenas si mima una acción— centuplicó su misterioso toque, llevándolo al estado de incandescencia: 522 Farenheit. Pero esta vez no estaba solo para imaginar. Junto a él apareció Marta Grompone, que si bien en varios espectáculos teatrales había dado prueba de su capacidad, todavía no había llegado, en el teatro, a dar prueba total, magistral, de lo que

## MENCIONES AGOSTO Y SETIEMBRE

Espectáculos: CANCIONES PARA MIRAR y TIO VANIA

Director: JOSE ESTRUCH ("Canciones para mirar")

Intérpretes: ENRIQUE GUARNERO ("El rey se muere"), VILLANUEVA COSSE y ADELA GLEIJER ("Tío Vania"), OLGA BERGOLO y VICTOR PERLO ("Canciones para mirar")

Escenógrafos: CARLOS CARVALHO ("La maratoria" y "El rey se muere"), YENIA DUMNOVA ("Tío Vania"), MARTA GROMPONE ("Canciones para mirar")

Figuristas: GUMA ZORRILLA ("Tío Vania"), MARTA GROMPONE ("Canciones para mirar")

Ambientadores: ALICIA BEHRENS y AGUSTIN DE FERRARI ("Tío Vania")

bía ya demostrado. El "toque Marta" es de tal persistente maravilla que cuando Mambrú desciende en su "Montgolfier" nos vienen ganas de gritar: deténganse, un segundo, un minuto, un siglo, para ver los detalles, seguirlos con lupa, reírlos gustosa, largamente, comentarlos y parafrasearlos. Mil cosas dice el programa que ella puso, y es verdad, no parecen bajar de mil las ocurrencias de este purísimo, encendido amor de la loca belleza.

Olga Bergolo se reveló como una actriz de posibilidades grandes; fue animación veraz, insistente, graciosa. Victor Perlo tuvo excelentes momentos, aunque algunas veces los niños se lo llevaron por variados jardines sin que pudiera escapárseles. Los hermanos Castro pusieron su musicalidad espontánea, su sencilla gracia, en el canto. Quizás les faltó una interpretación más atenta al significado mismo de las palabras, al juego poético que inventó María Elena, pero puestos repentinamente a improvisarse de actores, se desempeñaron con discreción, y, sobre todo, con la velocidad que exigen los cambios que recordaban el expreso París-Oriente.

No son éstas, muchas palabras para comentar un espectáculo infantil. Estamos demasiado habituados a que en ellos se refugie la mediocridad, como para no apelar a muchas palabras con el fin de encarecer esta sorpresa de hoy. Si al niño pertenece con derecho propio el reino de la gracia, del humor, del desenfadado, de la belleza misma, este es su reino corporizado. Y además, puestos a recontar los espectáculos montevideanos, en nada cede éste a los mejores que están hoy en cartelera y aún los aventaja —hablo del montaje— por la condición primera que debe tener el teatro: la de seducirnos y meternos gustosamente por un laberinto ilusorio. José Estruch y Marta Grompone tiran los hilos de estas marionetas, y lo hacen con tan contagiosa felicidad que no es raro que aún ahora, días después, que escribimos, nos duela el imperio de su raro castilejo.